

De estrellas y fantasmas

© Marina Burana

Los días son todos iguales, pescar y vender. A Bo Chen nunca le importó repetirse eternamente, dice. De hecho esa repetición le parece que es como estar sincronizado con la existencia, marchando consonante con el devenir de las cosas. Sus manos rotas, ajadas desde siempre, atan y desatan, ponen y sacan, enganchan y desenganchan, tiran y descansan; hablan entre ellas en un diálogo pesado que a él por momentos le parece ajeno.

Son las seis de la mañana. Bo Chen lava un balde en una canilla comunal y vuelve adentro de su casa. Pocas cosas son tan simples, tan elementales y a la vez tan intrincadas como ver a aquel hombre lavar su balde a esa hora del día. Esas manos venosas lo manipulan como los quelípedos de un cangrejo que reemplazan la función de los dedos oponibles con una despatarrada constancia prensil. Así usa sus manos, de manera anárquica, caótica, como si no fueran parte de su cuerpo y estuvieran a punto de desprenderse y salir rodando por el piso. Manos cansadas, quizá. Torpes, pero eficaces.

El sol está fuerte y el mar se ve desde allá arriba; una montaña baja que aguanta las crecidas inclementes en el noreste de la pequeña isla de Taiwán. “Taiwán entra ocho veces en la Provincia de Buenos Aires”, le comento y él me mira asombrado. Le explico que para cruzar mi país en auto de norte a sur se necesitan alrededor de 48 horas. “Soy taiwanés, no entiendo esas distancias”, me dice, y nos reímos juntos. Pero la inmensidad del mar sí la entiende.

Ya en el puerto, después de una larga caminata, Bo Chen saluda a sus amigos y me presenta. La mayoría son indonesios, vietnamitas, filipinos y malayos. La mano de obra barata y poco respetada en estas zonas. Todos sonrían cordiales y en un chino quebrado me hablan del puerto y de sus familias que los esperan en sus países. Bo Chen baja la mirada y me dice que lo siga. Lo hago y mientras camino veo alguna que otra rata que se escabulle rápido hacia unos tubos que dan a una avenida que rodea al puerto sobre la que se erige el edificio más alto del lugar, en el cual un departamento de 80 metros

cuadrados sale un millón de dólares estadounidenses. Me tropiezo con unas redes y me detengo a mirar las ruedas de auto al costado de los barcos que están allí para evitar la fricción contra el muelle. Mucha rueda de auto. Tanto que se hace llamativo para mí, que no entiendo las faenas del puerto. Terminan por parecer adornos extraños e improvisados.

“Ya van 22 kilómetros de soga, casi 400 metros de cable metálico, 150 redes, 62 boyas, cadenas, cañas y hasta ruedas de un camión de la década del 50”, dice cabizbajo. “La mayoría de las redes están en buen estado, se pueden seguir usando, pero es difícil desenmarañarlas”. Habla de la cantidad de equipo de pesca que se pierde en el mar y que con ayuda de otros pescadores, a pulmón, rescatan desde hace veinte años.

Bo Chen es un hombre de mediana edad, y vive en el pueblo de Toucheng, en la provincia de Yilan. Es el último pescador de una familia de pescadores. No recuerda a qué edad vio por primera vez el mar, pero seguramente tendría meses. Su madre lo llevaba a la playa y le señalaba unos puntitos en el horizonte. “Allá está papá”, le decía. “Mi mamá me metió el miedo al mar de chiquito. No quería que mi vida fuera la del pescador, y además solía repetir que la playa era sucia”, comenta Bo Chen y sonríe. A él siempre le intrigó que entre la arena pudiera encontrar no sólo caracolas sino botellas, plástico, “cualquier cosa”. Recuerda muy bien cuando a sus diez años fue a jugar a la costa con unos vecinos y halló un cangrejo atrapado en una mini red de pesca. “Estaba aturdido y era fosforescente”, explica. Luego recula y se pregunta si acaso eso de la fosforescencia no será una imagen fabricada con los años, pero no puede dejar de pensar en un animal que fulguraba atormentado, intentando liberarse. Desde entonces, además de dedicarse a la pesca (sobrellevando las quejas de su madre), se abocó a recuperar objetos que los pescadores dejan atrás en el mar.

“Esta es una de las tantas problemáticas en los océanos de todo el mundo”, dice, “la cantidad de equipos de pesca que se pierden o se olvidan anualmente”. Se convierten así en fantasmas que acechan las aguas, atrapando peces que luego deambulan los océanos enmarañados en redes, tratando de zafarse. Muchos de esos animales mueren en intentos desesperados y se transforman en carnada para

otros, ampliando el ciclo por años y años.

La mayoría del equipo fantasma lo constituyen las redes, las sogas y los hilos de pescar, que además de conformar una amenaza para la fauna marina, se alojan en los arrecifes de coral o en el fondo oceánico como desperdicio, contaminando el agua. Según Bo Chen, en el caso de las redes es común tirarlas en el mar en la pesca de atún y volver más tarde a recogerlas. Dado que a estos peces les gusta rondar objetos flotantes, muchos barcos atan grandes paquetes de redes a balsas flotantes, a los cuales le implantan una etiqueta satelital. Luego, vuelven a recoger el atún que ha quedado atrapado. Esto se conoce como pesca con FAD (*Fish aggregating device*) o dispositivos de agregación de peces.

El problema surge cuando debido a grandes corrientes o cambios bruscos en el clima, los pescadores no logran recuperar esas redes. “Esto no es sólo un conflicto ambiental, el pescador que pierde su red, pierde su pesca”, comenta Abe, uno de los colegas filipinos de Bo Chen, y me explica que en una temporada se pueden perder 100mil dólares taiwaneses (alrededor de 3.500 USD) si las redes para pescar langostas, por ejemplo, desaparecen. Las manos de Abe gesticulan amplias y por un momento me hace acordar a mi abuelo, un italiano que llegó a Argentina sin un peso a principios del siglo 20 y trabajó en el puerto toda su vida. Abe bien podría ser mi abuelo, pensé, y recordé algo que leí alguna vez: “(...) *qué intercambiable es todo, cómo los seres, hasta los que más se aferran a su ser propio, son potencialmente otros*”¹. Me dejó llevar y pienso que los océanos, el esfuerzo del pescador, nos pertenecen a todos, *somos* todos, y que acaso podríamos realmente ser intercambiables. En nuestras diferencias siempre hay una universalidad integradora. “Todo está conectado”, me dice Bo Chen, como si me hubiera leído la mente.

Con sus colegas a veces parten al atardecer para los pescados de la noche. Son los pescados que compran a la madrugada las grandes cadenas de hoteles o restaurantes de la zona para el día siguiente. Le gusta pescar de noche por las estrellas. No sólo las del cielo sino las que se forman cuando todos los barcos pesqueros se juntan en el agua y prenden sus luces en el horizonte. Allí no puede ver lo

1 “Prins”, César Aira.

diminuto que aparece todo eso desde la costa, pero le gusta pensar en la gente que observa aquel cinturón de luces que se expanden como bajas constelaciones. Actúan como una especie de muralla que divide la negrura de las aguas, cobijando con su presencia humana a los que al mirar aquella oscuridad inmensa desde la orilla sienten un alivio inexplicable; la celebración timorata e insoslayable de quien se sabe solo en el infinito.

Así, lentamente, el espectáculo de las estrellas se abre sobre las aguas como fauces dispuestas a devorar una humanidad atenta. Cuando no hay viento el mar reverbera bajito. El agua se entrecorta y desde lejos parece moverse lateralmente, como si estuviera indecisa. Sólo que esto no lo ve nadie más que los pescadores en sus barcos, y ni siquiera ellos, porque están todos ocupados con sus carnadas y redes, pensando en cobrar y en volver a casa. Y va llegando el alba. Desde el mar sube el ronroneo incierto de una tormenta que quiso ser agua y se licuó resignada entre la espuma. Los barcos pesqueros aún están allí, lejanos, meros puntos en el horizonte que comienza a hacerse grande e impone el camino del dinero hacia la costa. Los que despiertan a esa hora saben que aquellos hombres, en aquellas barcazas robustas de esperanzas y tristezas, son de los pocos que saben vivir en los instantes. “El mar no te deja olvidarte de nada, en realidad”, me dice Bo Chen con ojos tristes.

Cuando no pesca, recolecta los equipos de pesca perdidos. Cuántas veces fue testigo o se enteró de cómo ballenas, tortugas marinas, delfines, tiburones, crustáceos, terminan enredados en alta mar o cerca de la costa, donde se transforman en noticia y arman un revuelo que es rápidamente olvidado para continuar con nuestros eternos sistemas del capital y del consumo. La nada misma. Un susurro más del agua que desde las orillas parece una imagen planchada y acicalada del silencio, pero que desde más cerca plantea un escándalo íntimo, bifurcándose inquieto bajo millones de estrellas, reales o imaginarias, en horizontes que para siempre se pierden entre manos que los tejen completos, con gritos hacia el por qué de la nada.

El futuro de esta problemática es incierto. Si bien hay esfuerzos por limpiar los océanos, se

necesitan regulaciones fuertes que, en muchos casos, se tornan complejas, ya que por lo general manejar equipos de pesca ajenos es ilegal. Incluso si existen iniciativas como las de Bo Chen, es escasa la cooperación y búsqueda de estrategias a nivel global. Por otra parte, mucho de lo que se recupera que no puede reciclarse o reutilizarse debe ser descartado, lo cual también requiere tiempo y dinero.

“Yo tengo esperanza, si no, no haría lo que hago, pero esto va a llevar muchos años más”, acota Bo Chen, y me dice que por las noches, cuando está sentado en el barco, a veces mira al cielo y piensa en las estrellas. “Lo que vemos es la luz que emitieron, es decir, el espectáculo de su pasado”. Y al pensar esto de repente lo envuelve una sensación extraña, como de algo irrecuperable.